

Naomi Klein

Esto lo cambia todo

El capitalismo contra el clima

Traducción de Albino Santos Mosquera

PRIMERA PARTE

EN MAL MOMENTO

A decir verdad, el carbón no está a la par de los demás productos y mercancías, sino que destaca completamente sobre todos ellos. Es la energía material del país: la ayuda universal, el factor presente en todo lo que hacemos.

WILLIAM STANLEY JEVONS, economista, 1865¹

Produce una inmensa tristeza pensar que la naturaleza habla mientras el género humano no escucha.

VICTOR HUGO, 1840²

Capítulo 1

LA DERECHA TIENE RAZÓN

El poder revolucionario del cambio climático

Los científicos del clima coinciden: el cambio climático se está produciendo en este preciso instante y lugar. Basándose en datos sólidos y contrastados, un 97 % de los científicos especializados en el clima ha llegado a la conclusión de que el cambio climático de origen humano es ya una realidad. Ese acuerdo no está documentado únicamente por un estudio aislado, sino por una corriente convergente de muestras de ello extraídas de encuestas a científicos, análisis de contenido de estudios sometidos a revisión por pares y de declaraciones públicas de casi todas las organizaciones de expertos en este campo.

Informe de la ASOCIACIÓN ESTADOUNIDENSE
PARA EL AVANCE DE LA CIENCIA, 2014¹

No existe posibilidad alguna de conseguir algo así sin una modificación radical del estilo de vida americano, una modificación que comportaría un freno al desarrollo económico y el cierre de amplios sectores de nuestra economía.

THOMAS J. DONOHUE, presidente de la Cámara de Comercio de Estados Unidos, a propósito de las medidas propuestas para conseguir unos niveles ambiciosos de reducción de emisiones carbónicas²

El señor de la cuarta fila tiene una pregunta.

El señor en cuestión se presenta a sí mismo como Richard Rothschild. Cuenta al público allí presente que se presentó a las elecciones a comisionado del condado de Carroll (en Maryland) porque había llegado a la conclusión de que las políticas dirigidas a combatir el calentamiento global eran en realidad «un ataque contra el capitalismo estadounidense de clase media». Su pregunta para los panelistas, reunidos en un hotel de la cadena Marriott de Washington (D.C.), es: «¿Hasta qué punto no sería acertado decir que todo este movimiento no es más que un Caballo

de Troya “verde”, cuya panza está repleta de doctrina socioeconómica marxista “roja”?».³

En la Sexta Conferencia Internacional sobre el Cambio Climático organizada por el Instituto Heartland a finales de junio de 2011 —principal encuentro de quienes se dedican a negar las apabullantes pruebas sobre las que se basa el consenso científico en torno al dictamen de que la actividad humana está calentando el planeta—, esa puede considerarse una pregunta retórica. Es como preguntar en una reunión de consejeros del Banco Central alemán si no creen que los griegos son insolventes y poco fiables. Aun así, los panelistas no dejan pasar la oportunidad de alabar a quien ratifica lo certero de su apreciación.

El primero en hacerlo es Marc Morano, director del sitio de noticias de referencia para los «negacionistas», Climate Depot. «En los Estados Unidos de hoy en día, todo está regulado: desde los grifos de nuestras duchas hasta nuestras bombillas eléctricas, pasando por nuestras lavadoras —proclama—. Y estamos dejando morir algo tan americano como el todoterreno 4 × 4 ante nuestras narices.» Si los verdes se salen con la suya —advierte Morano—, terminaremos todos con «un presupuesto de CO₂ para cada hombre, mujer y niño del planeta, supervisado por un organismo internacional».⁴

El siguiente en hablar es Chris Horner, uno de los socios principales del Competitive Enterprise Institute, organización de presión especializada en acosar a los científicos del clima a base de farragosos pleitos judiciales y de tratar de estirar al máximo la Ley sobre Libertad de Información para sus propios intereses. Se acomoda el micrófono de la mesa orientándolo hacia él. «Ustedes tal vez crean que esto es algo relacionado con el clima —dice misteriosamente— y muchas personas así lo piensan, pero esa no es una suposición razonable.» A Horner, cuyo cabello prematuramente encanecido le hace parecer una especie de compañero de fraternidad (a la vez que imitador) de Anderson Cooper, le gusta invocar a Saul Alinsky, icono de la contracultura de los años sesenta del siglo pasado: «Esa cuestión no es la cuestión». La cuestión, al parecer, es que «ninguna sociedad libre estaría dispuesta a hacerse a sí misma lo que ese programa político exige que se haga. [...] Y es que el primer paso para ello [para hacer lo que el programa pide] consiste en suprimir esas “fastidiosas” libertades que siempre obstaculizan el camino».⁵

Pero afirmar que el cambio climático es una conspiración dirigida a robarle la libertad a Estados Unidos es un ejercicio de tibieza y mesura comparado con el nivel general con el que se emplean el Instituto Heartland y sus colaboradores. En el transcurso de este congreso de dos días de

duración, oigo comparar el ecologismo moderno con prácticamente todos los episodios de crímenes en masa recogidos a lo largo de la historia humana: desde la Inquisición católica hasta la Alemania nazi, pasando por la Rusia estalinista. Me entero también de que la promesa de campaña que hiciera Barack Obama para apoyar a las refinerías de biocombustibles de propietarios locales viene a ser algo muy parecido al plan autárquico con el que el Camarada Mao pretendía instalar «una caldera de hierro en el patio de todas las casas» (según Patrick Michaels, del Instituto Cato); de que el cambio climático es «un pretexto para instaurar el nacionalsocialismo» (según el exsenador republicano y exastronauta Harrison Schmitt, refiriéndose a los nazis); y de que los ecologistas son como los sacerdotes aztecas, dispuestos sacrificar a innumerables personas para aplacar a los dioses y cambiar el tiempo (según palabras de Marc Morano, de nuevo).⁶

Pero, por encima de todo, lo que oigo estos dos días son versiones de la misma opinión expresada por el comisionado de condado de la cuarta fila: que el cambio climático es un Caballo de Troya diseñado para abolir el capitalismo y reemplazarlo por cierto «comunismo verde». Tal y como uno de los conferenciantes de ese congreso, Larry Bell, expone sucintamente en su libro *Climate of Corruption*, el cambio climático «tiene poco que ver con el medio ambiente y mucho con encadenar al capitalismo y con transformar el estilo de vida americano en aras de la redistribución de la riqueza mundial».⁷

Los delegados trabajan, desde luego, desde la pretensión ficticia de que la negación de las conclusiones de la ciencia del clima está fundada sobre una seria y legítima discrepancia con los datos en los que la comunidad científica internacional basa sus resultados. Y los organizadores se toman incluso la molestia de imitar la apariencia externa de un congreso científico creíble, titulando el encuentro «Restablecer el método científico» e incluso eligiendo un nombre para el congreso (la Conferencia Internacional sobre el Cambio Climático) cuyas siglas en inglés (IPCC) solo se desvían por una letra de las de la autoridad principal del mundo en materia de cambio climático, el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) de las Naciones Unidas, una iniciativa colaborativa de miles de científicos y 195 Gobiernos nacionales. Pero las diversas tesis (contrarias a las mayoritarias en la comunidad científica) presentadas en esa conferencia del Instituto Heartland —fundamentadas en los anillos de los árboles, en las manchas solares o en la existencia de un periodo de calentamiento parecido durante el medievo— son ya muy viejas y quedaron sobradamente desacreditadas décadas atrás. Además, la mayoría de los ponentes no son ni siquiera científicos, sino «aficionados»

al tema: ingenieros, economistas y abogados, entremezclados con un hombre del tiempo, un astronauta y un «arquitecto espacial», todos ellos convencidísimos de que, con sus cálculos de servilleta de bar, han sabido ser más listos que el 97 % de los científicos expertos en climatología de todo el mundo.⁸

El geólogo australiano Bob Carter se pregunta incluso si se está produciendo realmente un calentamiento, mientras que el astrofísico Willie Soon admite que sí se ha producido cierto incremento térmico, pero asegura que no tiene nada que ver con las emisiones de gases de efecto invernadero, sino que obedece en realidad a fluctuaciones naturales en la actividad del sol. Patrick Michaels (del Instituto Cato) les lleva la contraria al reconocer que es el CO₂ el que de hecho está impulsando las temperaturas al alza, pero insiste en que las repercusiones de ese aumento son tan nimias que no deberíamos «hacer nada» al respecto. El desacuerdo es el alma de todo encuentro intelectual, pero en la conferencia del Heartland, un material tan descaradamente contradictorio como ese no suscita debate alguno entre los negacionistas: ni uno solo de ellos intenta defender su posición frente a la de los otros participantes, ni se esfuerza por dirimir quién está verdaderamente en lo cierto. De hecho, mientras los ponentes presentan sus gráficos sobre las temperaturas, da la impresión de que varios miembros del público (en el que predominan los asistentes de edad avanzada) se están quedando dormidos.⁹

Pero toda la sala vuelve de nuevo a la vida cuando las verdaderas *star-lettes* del movimiento salen a escena: no los científicos de tercera, sino los guerreros ideológicos de primera fila, como Morano y Horner. Ese es el verdadero fin del encuentro: servir de foro para que los negacionistas acérrimos se equipen de las lanzas retóricas con las que intentarán ensartar a los ecologistas y los científicos del clima en las semanas y meses siguientes. Los argumentos orales probados en ese entorno atiborrarán las secciones de comentarios que acompañan a todas las noticias en línea y a todos los vídeos de YouTube que contengan los sintagmas «cambio climático» o «calentamiento global». También saldrán de boca de los cientos de comentaristas y políticos de derechas: desde los aspirantes presidenciales republicanos hasta los comisionados de condado como Richard Rothschild. En una entrevista concedida tras las sesiones, Joseph Bast, presidente del Instituto Heartland, se atribuye el mérito de los «millares de noticias, artículos de opinión y discursos [...] escritos o motivados por asistentes a alguna de estas conferencias».¹⁰

Más impresionante, aunque no se hable de él, es el volumen de noticias legítimas que nunca se han llegado a publicar ni a emitir sobre el

tema. Durante los años previos al encuentro, se produjo una caída en picado de la cobertura mediática del cambio climático a pesar del agravamiento de los fenómenos meteorológicos extremos. En 2007, las tres principales cadenas televisivas de Estados Unidos (la CBS, la NBC y la ABC) emitieron 147 noticias sobre el cambio climático; en 2011, esas mismas cadenas no emitieron más que catorce noticias sobre el tema. Esa es otra rama fundamental de la estrategia negacionista, dado que, a fin de cuentas, el objetivo fundamental para ellos no ha sido solamente difundir las dudas, sino también propagar el miedo: enviar un mensaje claro de que, imprimiendo o difundiendo cualquier cosa sobre el cambio climático, el medio de comunicación en cuestión se arriesga a que le colapsen los buzones de entrada de correos electrónicos y los hilos de comentarios con críticas y exabruptos rebosantes de una cepa muy tóxica de vitriolo.¹¹

El Instituto Heartland, un laboratorio de ideas con sede en Chicago dedicado a «promover las soluciones de libre mercado», lleva organizando esas charlas desde 2008, a veces incluso dos veces en un mismo año. Y en el momento del encuentro del que aquí hablo, su estrategia parecía estar funcionando. En su discurso, Morano (cuyas puertas a la fama se abrieron cuando filtró la noticia de la organización de veteranos de guerra Swift Boat Veterans for Truth que contribuyó a hundir la campaña presidencial de John Kerry en 2004) encandiló al público relatando una serie de victorias sucesivas recientes. ¿Legislación sobre el clima en el Senado estadounidense? ¡Abortada! ¿Cumbre de la ONU sobre cambio climático en Copenhague? ¡Fracasada! ¿Movimiento climático? ¡A punto de suicidarse! Llegó incluso a proyectar en una pantalla un par de citas de activistas climáticos vituperándose mutuamente (como tan bien sabemos hacer los progresistas entre nosotros) e instó a los asistentes a «celebrarlo».¹²

Solo faltaban los globos y el confeti cayendo a raudales del techo del auditorio.

Cuando cambia la opinión pública sobre los grandes temas sociales y políticos, las tendencias suelen ser relativamente graduales. Las variaciones abruptas, si se producen, vienen normalmente provocadas por acontecimientos espectaculares. De ahí que los encuestadores se quedaran tan sorprendidos por lo que había pasado con las percepciones sobre el cambio climático en apenas cuatro años. Según un sondeo realizado por Harris en 2007, un 71 % de los estadounidenses creía que el consumo continuado de combustibles fósiles transformaría el clima. En 2009, ese porcenta-

je había caído hasta el 51 %. En junio de 2011, había bajado más hasta situarse en el 44 % (claramente menos de la mitad de la población). Similares tendencias se han registrado en el Reino Unido y Australia. Scott Keeter, director de estudios de opinión en el Pew Research Center for the People & the Press (Centro de Investigaciones Pew para la Ciudadanía y la Prensa), dijo a propósito de los datos estadísticos en Estados Unidos que revelaban «uno de los mayores cambios en un periodo de tiempo breve jamás registrados en la historia reciente de la opinión pública».¹³

La creencia general en la existencia del cambio climático ha repuntado un poco en Estados Unidos desde sus niveles mínimos de 2010-2011. (Hay quien maneja la hipótesis de que la experiencia de sucesos meteorológicos extremos podría estar contribuyendo a ello, aunque «las pruebas de ello son, en el mejor de los casos, muy vagas todavía», según Riley Dunlap, sociólogo de la Universidad Estatal de Oklahoma especializado en la sociología política del cambio climático.) Pero lo que no deja de ser sorprendente es que, a la derecha del espectro político, las cifras continúan estando en niveles muy bajos.¹⁴

Puede que hoy parezca difícil de creer, pero no hace tanto, apenas en 2008, la lucha contra el cambio climático conservaba aún cierta pátina de apoyo bipartidista en Estados Unidos. Ese año, todo un clásico del republicanismo más incondicional como Newt Gingrich participó en un anuncio de televisión junto a la congresista demócrata Nancy Pelosi (entonces presidenta de la Cámara de Representantes) en el que ambos políticos se comprometían a sumar fuerzas y combatir juntos el cambio climático. Y en 2007, Rupert Murdoch (cuya cadena televisiva de noticias Fox News sirve de implacable altavoz al movimiento de negación del cambio climático) lanzó un programa de incentivos en la propia Fox para animar a los empleados a comprar automóviles híbridos; el propio Murdoch anunció que había adquirido uno.

Esa época de bipartidismo climático ya es historia. Actualmente, más del 75 % de estadounidenses que se identifican como demócratas o «liberales» (de izquierda) cree que los seres humanos estamos cambiando el clima, un porcentaje que, pese a las lógicas fluctuaciones interanuales, solo se ha incrementado ligeramente desde 2001. En marcado contraste, los republicanos han optado en su inmensa mayoría por rechazar el consenso científico. En algunas regiones del país, solo un 20 % de quienes se declaran republicanos acepta las pruebas de la ciencia. Esta brecha política también existe en Canadá. Según un sondeo de octubre de 2013 realizado por Environics, solo un 41 % de los encuestados que se identificaron políticamente con el Partido Conservador (en el Gobierno en ese momen-

to) cree que el cambio climático es real y tiene origen humano, mientras que un 76 % de partidarios del Nuevo Partido Democrático, de tendencia izquierdista, y un 69 % de los del centrista Partido Liberal opina que es una realidad. Y, de nuevo, el mismo fenómeno ha sido registrado en Australia y el Reino Unido, así como en la Europa occidental.¹⁵

Desde que se abrió esta división política en torno al cambio climático, un buen número de investigaciones de las ciencias sociales se han dedicado a estudiar con mayor precisión cómo y por qué las opiniones políticas están determinando las actitudes con respecto al calentamiento global. Según el Proyecto sobre Cognición Cultural de la Universidad de Yale, por ejemplo, la «cosmovisión cultural» de una persona (es decir, lo que el resto de nosotros entenderíamos como su inclinación política o su perspectiva ideológica) es un factor explicativo de «las opiniones del individuo acerca del calentamiento global más importante que ninguna otra característica individual». ¹⁶ Más importante, significa eso, más importante que la edad, la etnia, el nivel educativo o la afiliación a un partido.

Los investigadores de Yale explican que la inmensa mayoría de las personas con cosmovisiones «igualitaristas» y «comunalaristas» intensas (es decir, caracterizadas por la inclinación hacia la acción colectiva y la justicia social, por la preocupación por la desigualdad, y por la suspicacia ante el poder de la gran empresa privada) aceptan el consenso científico sobre el cambio climático. Por el contrario, la gran mayoría de quienes tienen visiones del mundo intensamente «jerárquicas» e «individualistas» (marcadas por la oposición a la ayuda del Estado a las personas pobres y a las minorías, por un apoyo fuerte a la empresa privada y por el convencimiento de que todos tenemos más o menos lo que nos merecemos) rechazan ese mismo consenso científico.¹⁷

Las pruebas de la fractura ideológica son apabullantes. Entre el sector de la población estadounidense que evidencia la perspectiva más «jerárquica», solo un 11 % valora el cambio climático como un «riesgo elevado», cuando esa valoración la da un 69 % de los encuestados situados en el sector de quienes propugnan un punto de vista más intensamente «igualitario».¹⁸

El profesor de derecho de Yale, Dan Kahan, principal autor de este estudio, atribuye la estrecha correlación entre cosmovisión y aceptación del consenso científico sobre el clima a un factor que él llama «cognición cultural»: el proceso mediante el que todos nosotros —con independencia de nuestras inclinaciones políticas— filtramos la información nueva protegiendo nuestra «visión preferida de la sociedad buena». Si la información nueva que recibimos parece confirmar esa visión, la aceptamos y

la integramos con facilidad. Si supone una amenaza a nuestro sistema de creencias, entonces nuestro cerebro se pone de inmediato a trabajar para producir anticuerpos intelectuales destinados a repeler esa invasión que tan poco grata nos resulta.¹⁹

Kahan explicó en *Nature* que «a las personas les desconcierta creer que conductas que les parecen nobles sean, sin embargo, perjudiciales para la sociedad, y otras que consideran viles sean beneficiosas para el conjunto. Como aceptar tal idea podría introducir un elemento de distancia entre ellas y sus iguales, sienten una fuerte predisposición emocional a rechazarla».²⁰ Es decir, que siempre es más fácil negar la realidad que permitir que se haga añicos nuestra visión del mundo, y ese diagnóstico es igual de aplicable a los más intransigentes estalinistas durante el momento de máximo apogeo de las purgas como a los actuales ultraliberales que niegan el cambio climático. También los izquierdistas son igualmente capaces de negar las pruebas científicas que no les convienen. Si los conservadores son intrínsecos justificadores del sistema (y, por lo tanto, tuercen el gesto —entre despectivos y molestos— ante cualquier dato que ponga en entredicho el sistema económico dominante), la mayoría de los izquierdistas, por el contrario, cuestionan siempre el sistema y, por ello, son proclives al escepticismo ante cualquier dato procedente de las grandes empresas o de los Gobiernos. Esa actitud puede derivar fácilmente también en una actitud de resistencia a los hechos contrastados, como la que manifiestan quienes están convencidos de que las empresas farmacéuticas multinacionales han encubierto una presunta conexión entre las vacunas infantiles y el autismo. Por muchas pruebas que se reúnan para desacreditar sus teorías, estos cruzados de su particular causa no se dejarán convencer; para ellos, no son más que trampas que utiliza el sistema para cubrirse sus propias espaldas.

Este tipo de razonamiento defensivo es el que explica el auge de la intensidad emocional que rodea a la cuestión climática en la actualidad. Hasta fechas tan próximas en el tiempo como el año 2007, el cambio climático era algo que la mayoría de las personas reconocían como real, aun cuando no pareciera importarles mucho. (Cuando se pedía a los estadounidenses que clasificasen sus preocupaciones políticas por orden de importancia para ellos, entonces —como ahora— el cambio climático aparecía en último lugar.)²¹

Pero hoy en día, existe en muchos países una significativa cohorte de votantes apasionadamente preocupados (obsesivamente incluso) por el cambio climático a los que lo que les interesa en realidad es destapar su presunto carácter de «engaño» pergeñado por gentes de izquierda para obligarlos a cambiar las bombillas de sus casas y sus negocios, para hacer-

los vivir en lúgubres apartamentos de estilo soviético y para forzarlos a renunciar a sus todoterrenos. Para estos derechistas, la oposición al cambio climático se ha convertido en algo tan fundamental en su sistema de creencias como la lucha por una presión fiscal muy baja, por la libertad de poseer armas o contra el derecho al aborto. De ahí que algunos climatólogos estén denunciando que actualmente son objeto de la clase de acoso que solía reservarse a los médicos que practican abortos. En el Área de la Bahía de San Francisco (en California), activistas locales del Tea Party han irrumpido en plenos y sesiones municipales donde se hablaba de estrategias de sostenibilidad de escala bastante reducida atribuyéndolas a un supuesto complot patrocinado por la ONU para acelerar la formación de un Gobierno mundial. Heather Gass, del Tea Party de la zona este de la Bahía, escribió en una carta abierta a una de esas reuniones que «un día (en 2035), se despertarán ustedes en una vivienda pública subvencionada, comerán comida pública subvencionada, sus hijos serán transportados en autobuses públicos a centros formativos de adoctrinamiento mientras ustedes trabajan en sus empleos asignados por el Estado en una sombría planta baja al lado de un nudo de transportes públicos porque no tendrán ningún coche, y quién sabe dónde estarán sus padres ancianos, pero para entonces ¡será ya demasiado tarde! ¡¡¡DESPIERTEN!!!». ²²

Es evidente que algo tiene la cuestión del cambio climático que hace que ciertas personas se sientan muy amenazadas.

VERDADES INCONCEBIBLES

Al pasar al lado de la hilera de mesas instaladas por los patrocinadores de la conferencia del Instituto Heartland, no es difícil darse cuenta de lo que allí sucede. La Fundación Heritage pregona allí sus informes, como también lo hacen el Instituto Cato y el Instituto Ayn Rand con los suyos respectivos. El movimiento de negación del cambio climático, lejos de ser una convergencia orgánica de científicos «escépticos», es exclusivamente hijo de la red ideológica que allí se exhibe y que es a la que cabe atribuir el grueso del mérito de haber reconfigurado el mapa ideológico durante las últimas cuatro décadas. En un estudio de 2013 a cargo de Riley Dunlap y el politólogo Peter Jacques, se halló que nada menos que el 72 % de los libros negacionistas climáticos, publicados en su mayoría a partir de la década de 1990, están vinculados a laboratorios de ideas de derecha, una cifra que sube hasta el 87 % si se excluyen del total los libros autopublicados (cada vez más habituales). ²³

Muchas de estas instituciones se crearon a finales de los años sesenta y principios de los setenta del siglo xx, cuando las élites empresariales estadounidenses temían que la opinión pública estuviese virando peligrosamente en contra del capitalismo y a favor, si no del socialismo, sí de un keynesianismo más agresivo. En respuesta a esa percepción, lanzaron una contrarrevolución, un movimiento intelectual generosamente financiado que defendía que la codicia y las ansias ilimitadas de lucro no eran nada de lo que cupiera disculparse, y que ofrecía al mismo tiempo la mayor esperanza para la emancipación humana que el mundo jamás hubiese conocido hasta entonces. Bajo esa bandera liberacionista, por así llamarla, los adalides y activistas de ese movimiento lucharon para que se implementaran políticas como los recortes fiscales, los acuerdos de libre comercio, la privatización de activos estratégicos de titularidad pública (desde las empresas de telefonía hasta las de energía y las de aguas), etcétera. Todo ello conformaba un paquete de medidas conocido en la mayor parte del mundo como «neoliberalismo».

Al final de la década de 1980, tras un decenio en el que Margaret Thatcher había llevado el timón político en el Reino Unido y Ronald Reagan en Estados Unidos, y en pleno proceso de caída del comunismo, esos guerreros ideológicos estaban ya listos para proclamarse vencedores: la Historia (con mayúsculas) había terminado oficialmente y, en palabras (a menudo repetidas) de la propia Thatcher, no había «ninguna alternativa» a su fundamentalismo del mercado. Hinchidos de seguridad en sí mismos, su siguiente tarea consistiría en tratar de blindar sistemáticamente su proyecto liberacionista empresarial en todos aquellos países que todavía se resistieran a él. Y el mejor modo de conseguir ese objetivo, por lo general, era aprovechando las situaciones de agitación política y las crisis económicas a gran escala. Luego, se afianzaría y se consolidaría a través de acuerdos de liberalización comercial y del ingreso de los países en cuestión en la Organización Mundial del Comercio.

Todo eso les había ido muy bien. Su proyecto había logrado sobrevivir incluso —más o menos indemne— al colapso financiero de 2008, causado directamente por un sector bancario que, al liberalizarse, se había despojado de los «pesados» mecanismos de regulación y supervisión que tanto limitaban sus movimientos anteriormente. Aun así, para los congregados en aquella conferencia del Instituto Heartland, el cambio climático es una amenaza de distinta naturaleza. Saben que no es una mera cuestión de diferencias entre las preferencias políticas de los republicanos y los demócratas, sino que atañe muy directamente a los límites físicos de la atmósfera y de los océanos. Saben que, si las funestas proyecciones emiti-

das por el IPCC son ciertas y nuestra actividad habitual nos está llevando en volandas a traspasar unos puntos de inflexión cuya superación amenazaría a nuestra civilización misma, las implicaciones que se derivan de ello son obvias: la cruzada ideológica incubada en laboratorios de ideas como Heartland, Cato y Heritage tendrá que detenerse en seco. Esos creyentes verdaderos tampoco se han dejado engañar por los diversos intentos de suavizar la acción contra ese cambio climático tratando de compatibilizarla con la lógica del mercado (comercio de derechos de emisiones carbónicas, compensaciones de carbono, monetización de «servicios» de la naturaleza). Saben muy bien que la nuestra es una economía global creada por (y totalmente dependiente de) el consumo de combustibles fósiles y que una dependencia tan fundamental como esa no puede cambiarse con unos pocos y blandos mecanismos de mercado. Semejante transformación requiere de intervenciones reforzadas y contundentes: prohibiciones generales de las actividades contaminantes, fuertes subvenciones a las alternativas verdes, penalizaciones muy gravosas de las infracciones, nuevos impuestos, nuevos programas de obras públicas, «desprivatizaciones»... La lista de atentados a los fundamentos ideológicos de esas personas y organizaciones es interminable. Se trata, en definitiva, de todo aquello que esos laboratorios de ideas —que siempre han sido portavoces públicos de unos intereses empresariales mucho más poderosos— se han dedicado afanosamente a atacar durante décadas.

Y no hay que olvidar tampoco el tema de la «equidad global», que surge una y otra vez en las negociaciones sobre el clima. El debate sobre la equidad está basado en el sencillo hecho, científicamente contrastado, de que el calentamiento global ha sido causado por la acumulación de gases de efecto invernadero en la atmósfera a lo largo de dos siglos. Eso significa que los países que iniciaron la industrialización con mucho adelanto sobre los demás han producido considerablemente más emisiones de esa clase. Pero muchos de los países que han emitido menos hasta el momento están viéndose afectados antes (y más) que todos los demás por los efectos del cambio climático por culpa tanto de su mala suerte en cuanto a su situación geográfica como de las vulnerabilidades particulares que resultan de la pobreza. Para abordar esa inequidad estructural con la suficiente eficacia como para convencer a países que actualmente crecen muy rápido (caso de China o la India) para que no desestabilicen el sistema del clima global, emisores tempranos como han sido los países de América del Norte y Europa tendrán que asumir inicialmente una mayor parte de la carga de la lucha contra el cambio climático. Y eso implicará evidentemente unas transferencias sustanciales de recursos y de tecnología para la ayuda

en la batalla contra la pobreza mediante el uso de instrumentos bajos en carbono. Eso es lo que quería decir la negociadora de Bolivia en los encuentros sobre el clima, Angélica Navarro Llanos, cuando pidió un Plan Marshall para la Tierra. Y es esa forma de redistribución de la riqueza la que se considera el más terrible de los crímenes intelectuales en un foro como el del Instituto Heartland.

Incluso la acción climática dentro del propio país se antoja sospechosamente parecida al socialismo para esos activistas; todos los llamamientos a potenciar las viviendas asequibles agrupadas en entramados urbanos de alta densidad y a fomentar unos aumentados y renovados transportes públicos son para ellos evidentes trampas con las que facilitar subsidios de tapadillo a una población pobre que no se ha hecho merecedora de los mismos. Y no digamos ya lo que esta guerra contra el carbono significa para la premisa misma del libre comercio global y para la insistencia de este en que la distancia geográfica es una mera ficción que desaparece por obra y gracia de los camiones diésel de Walmart y de los buques portacontenedores de Maersk.

En cualquier caso, más fundamental que todo lo anterior es el profundo temor de esos individuos y organizaciones a que, si el sistema del libre mercado verdaderamente ha puesto en marcha unos procesos físicos y químicos que, de proseguir su curso sin freno alguno, constituyen una amenaza para la existencia misma de buena parte de la humanidad, toda esa cruzada suya por la redención moral del capitalismo esté condenada a malograrse. Cuando algo tan serio está en juego, es evidente que la codicia no es tan maravillosa como les podría parecer. Y eso mismo es lo que subyace al brusco aumento del negacionismo climático entre los conservadores a ultranza. Han entendido que, si admitieran que el cambio climático es real, perderían la batalla ideológica central de nuestro tiempo, es decir, la que se libra en torno a si necesitamos planificar y administrar nuestras sociedades para que estas reflejen nuestros propios objetivos y valores, o si podemos dejar esa labor al albur de la «magia» del mercado.

Imaginemos por un momento qué le parece todo esto a alguien como el presidente de Heartland, Joseph Bast, un jovial señor con barba que estudió economía en la Universidad de Chicago y que me dijo en una entrevista que su vocación personal es «liberar a las personas de la tiranía de otras personas».²⁴ Para Bast, los que actúan contra el cambio climático lo hacen como si esto fuera ya el fin del mundo. No lo es (o, cuando menos, no tiene por qué serlo), pero lo que sí es cierto es que la reducción de emisiones conforme a los hallazgos contrastados de la ciencia sería, a todos los efectos, el fin de *su* mundo. El cambio climático hace saltar por los aires el

andamiaje ideológico que sostiene al conservadurismo contemporáneo. Un sistema de creencias que vilipendia la acción colectiva y declara la guerra contra toda regulación de la actividad empresarial y contra todo lo público es irreconciliable con un problema que exige precisamente una decidida acción colectiva a una escala sin precedentes y una contención drástica de las fuerzas del mercado, que son las principales responsables de la creación y el ahondamiento de la crisis.

Y para muchos conservadores (especialmente, para los que lo son también en el apartado religioso), el desafío es más profundo, ya que amenaza no solo su fe en los mercados, sino relatos culturales básicos sobre el sentido de la actividad de los seres humanos en la Tierra. ¿Somos amos que estamos aquí para someter y dominar, o somos una especie de tantas, a merced de poderes tan complejos e impredecibles que ni nuestros más potentes ordenadores pueden recoger en modelo alguno? Robert Manne, profesor de política en la Universidad La Trobe de Melbourne, ha escrito al respecto que la ciencia del clima es para muchos conservadores «una afrenta a su fe básica más profunda y valorada: la capacidad y, más aún, el derecho de la “humanidad” a someter la Tierra y sus frutos y a fundar un “dominio” sobre la naturaleza». «Para estos conservadores —señala él—, una idea así no está solamente equivocada, sino que es intolerable y terriblemente ofensiva. Quienes predicán semejante doctrina deben ser combatidos mediante la resistencia, cuando no mediante la denuncia.»²⁵

Y eso hacen: denunciar. Cuanto más personalmente, mejor. Da igual que el denunciado sea el exvicepresidente Al Gore por sus mansiones, como que lo sea el famoso científico experto en climatología James Hansen por los honorarios que cobra por sus conferencias. También denuncian el llamado «Climagate», un escándalo inventado por los propios miembros del Instituto Heartland y sus aliados, que piratearon las cuentas y los mensajes de correo electrónico de numerosos climatólogos y distorsionaron el contenido de los mismos afirmando que habían hallado en ellos pruebas de manipulación de los datos (una manipulación de la que los científicos acusados fueron reiteradamente exculpados por las investigaciones realizadas al respecto). En 2012, el Instituto Heartland llegó incluso a armar un gran revuelo cuando lanzó una campaña con vallas publicitarias en las que se comparaba a las personas que creían en el cambio climático (los alarmistas del calentamiento global o *warmists*, según la jerga negacionista) con el fanático y asesino líder de secta Charles Manson y con el «Unabomber», Ted Kaczynski. Bajo una foto de Kaczynski, en una de esas vallas podía leerse en gruesas letras rojas: «Yo aún creo en el calentamiento global, ¿y tú?»²⁶

Muchos negacionistas reconocen con toda franqueza que su desconianza ante las tesis científicas sobre el tema creció a partir de un temor muy profundo a las catastróficas implicaciones políticas que tendría para ellos el hecho de que el cambio climático fuese real. Un bloguero británico y habitual conferenciante en los actos del Instituto Heartland, James Delingpole, ha señalado que «el ecologismo moderno consigue promover muchas de las causas que tan queridas son entre la izquierda en general: la redistribución de la riqueza, las subidas de impuestos, una mayor intervención del Estado, la regulación». El presidente de Heartland, Joseph Bast, es más contundente incluso al respecto. Para la izquierda, «el cambio climático es perfecto. [...] Es la razón por la que deberíamos hacer todo aquello que [la izquierda] quería hacer desde un principio».²⁷

Bast, en quien no es apreciable ni un ápice de la fanfarronería que tan característica resulta en no pocos negacionistas, es también suficientemente honesto como para reconocer que ni él ni sus compañeros de causa se implicaron en las cuestiones relacionadas con el clima porque hallaran deficiencias en los datos presentados por la comunidad científica, sino más bien porque les alarmaban las implicaciones económicas y políticas de esos datos, y se propusieron refutarlos. «Cuando examinamos esta cuestión, nos decimos: “He aquí una fórmula que nos conduce sin remedio a un aumento espectacular del sector público —me comentó Bast—. Antes de emprender semejante camino, conviene que revisemos a fondo los argumentos científicos y sus datos. Así que yo diría que los grupos conservadores y ultraliberales se pararon un momento y pensaron: ‘No aceptemos esto como un artículo de fe sin más; realicemos nuestras propias averiguaciones sobre la cuestión’”».²⁸

Nigel Lawson, exministro de Economía y Hacienda de Margaret Thatcher, que se ha aficionado a declarar que «el verde es el nuevo rojo», ha seguido una trayectoria intelectual similar. Lawson se enorgullece especialmente de haber privatizado activos clave del sector público británico y de haber reducido los impuestos a los contribuyentes ricos y de haber quebrado el poder de los grandes sindicatos del país. Pero el cambio climático crea, según sus propias palabras, «una nueva licencia para inmiscuirse, para interferir y para regular»; lo cual le lleva a concluir que debe de tratarse de una conspiración. Este es un ejemplo clásico de inversión teleológica de los términos de la cadena entre causa y efecto.²⁹

El movimiento de negación del cambio climático es pródigo en personajes de ese tipo que se enredan en parecidos embrollos intelectuales. En él militan físicos de la vieja escuela como S. Fred Singer, desarrollador de importantes aspectos de la tecnología de los cohetes para las fuerzas arma-

das estadounidenses y que dice apreciar en la regulación de las emisiones un eco distorsionado del comunismo contra el que combatió durante la Guerra Fría (una opinión que quedó muy bien reflejada en el libro *Merchants of Doubt* de Naomi Oreskes y Erik Conway). Parecida tónica es la de las declaraciones al respecto del expresidente checo Václav Klaus, quien habló en una conferencia sobre el clima del Instituto Heartland cuando aún era jefe de Estado. Para Klaus, cuya carrera política comenzó durante el régimen comunista, el cambio climático parece habernos traído de vuelta una imagen propia de la Guerra Fría. Él compara los intentos de impedir el calentamiento global con «las aspiraciones de los planificadores centrales comunistas de controlar toda la sociedad» y dice que, «para alguien cuya vida ha transcurrido durante su mayor parte en la “noble” era del comunismo, eso es algo imposible de aceptar».³⁰

Y es comprensible que la realidad científica del cambio climático se antoje tremendamente injusta a los negacionistas. A fin de cuentas, los asistentes a la conferencia del Instituto Heartland estaban convencidos de haber ganado todas esas guerras ideológicas: puede que no de la forma más justa, pero sí con contundencia. Ahora, sin embargo, la ciencia del clima lo está cambiando todo: ¿cómo se puede ganar una discusión contra el intervencionismo estatal si la habitabilidad misma del planeta depende de la intervención gubernamental? Tal vez se pueda argumentar que, a corto plazo, los costes económicos de emprender esa clase de acción superan a los derivados de permitir que el cambio climático siga progresando durante unas cuantas décadas más (y algunos economistas neoliberales andan muy ocupados construyendo esos argumentos, usando para ello cálculos de coste-beneficio y tasas de «descuento» del futuro). Pero a la mayoría de las personas no les gusta ver «descontadas» las vidas de sus hijos e hijas en las hojas de cálculo Excel de ningún experto, y tienden a sentir una aversión moral a la idea de dejar que desaparezcan países enteros porque salvarlos pueda resultarnos demasiado caro en estos momentos.

Ese es el motivo por el que los guerreros ideológicos congregados en el Marriott han llegado a la conclusión de que solo existe en realidad un único modo de derrotar una amenaza tan formidable: afirmar que miles y miles de científicos están mintiendo y que el cambio climático es un engaño tan elaborado como rebuscado. Eso supone afirmar que los temporales no se están volviendo progresivamente más violentos, en realidad, y que esa impresión está solamente en nuestra imaginación. Y que, en el hipotético caso de que sí se estén volviendo más extremos, eso no se debe a nada que los seres humanos estén haciendo o pudiesen dejar de hacer. Es decir,

que niegan la realidad porque las implicaciones de esta son, en resumidas cuentas, inconcebibles para ellos.

Y ahí reside precisamente la verdad incómoda a la que me quería referir. Creo que estos ideólogos de línea dura entienden mejor la significación real del cambio climático que la mayoría de los *warmists* ubicados en el centro político, esos que aún insisten en que la respuesta puede ser gradual e indolora y que no tenemos por qué declararle la guerra a nadie, ni siquiera a las compañías productoras y distribuidoras de combustibles fósiles. Antes de que me extienda más sobre el tema, déjeme ser absolutamente clara al respecto. Como atestigua el 97 % de los científicos dedicados al estudio del clima mundial, los miembros y correligionarios del Instituto Heartland están completamente equivocados en lo que respecta a la versión científica de los hechos, pero en lo referente a las *consecuencias* políticas y económicas de esos resultados científicos —y, en concreto, a la profundidad de los cambios requeridos no ya en nuestro patrón de consumo de energía, sino incluso en la lógica subyacente de nuestra economía liberalizada e impulsada por el lucro—, no podrían tener los ojos más abiertos. Los negacionistas malinterpretan la mayoría de los detalles (no, no estamos ante un complot comunista; el socialismo autoritario de Estado, como veremos, fue terrorífico para el medio ambiente y brutalmente extractivista), pero, en lo tocante al alcance y la hondura del cambio necesario para evitar la catástrofe, no podrían estar más en lo cierto.

EN CUANTO A ESE DINERO...

Cuando los hechos empíricos contrastados contradicen los postulados de una ideología poderosa, esta difícilmente se extingue por completo, sino que adquiere más bien un carácter más propio de un culto o una secta y tiende a volverse marginal. Siempre quedan algunos fieles para decirse unos a otros que el problema no era la ideología, sino la debilidad de los líderes, que no supieron aplicar las reglas con suficiente rigor. (Bien sabe Dios que hay todavía unos cuantos grupúsculos de ese tipo en la extrema izquierda neoestalinista.) En el momento que estamos de la historia —tras el colapso de Wall Street en 2008 y entre fases sucesivas de crisis ecológicas crecientes—, los fundamentalistas del mercado ya deberían haber quedado reducidos a un estatus parecidamente irrelevante al de esa marginalidad intelectual, en la que podrían acariciar todo lo que quisieran sus preciados ejemplares del *Libertad de elegir* de Milton Friedman o de *La rebelión de Atlas* de Ayn Rand. Si se salvan de tan ignominioso destino,

es únicamente porque sus tesis sobre la liberalización empresarial, por muy demostrablemente contradictorias que sean con la realidad, continúan siendo tan rentables para los multimillonarios que siguen teniendo a su disposición laboratorios de ideas que las promueven patrocinados por individuos como Charles y David Koch, dueños del diversificado gigante de las energías sucias Koch Industries, y por compañías como Exxon-Mobil.

Por ejemplo, según un estudio reciente, los laboratorios de ideas que promueven el negacionismo climático y otras organizaciones que defienden esa misma causa y componen lo que el sociólogo Robert Brulle llama el «contramovimiento climático» recaudan en conjunto más de 900 millones de dólares anuales para su labor en diversos frentes del derechismo político, la mayoría en forma de «dinero oscuro», es decir, de fondos procedentes de fundaciones conservadoras cuyo origen no se puede rastrear del todo.³¹

Esto pone de manifiesto los límites de aquellas teorías que, como la de la cognición cultural, se centran exclusivamente en la psicología individual. Los negacionistas están haciendo algo más que proteger sus cosmovisiones personales: están protegiendo poderosos intereses políticos y económicos que se han beneficiado increíblemente del modo en que Heartland y otros foros parecidos han enturbiado el debate sobre el clima. Los lazos entre los negacionistas y los mencionados intereses son de sobra conocidos y están bien documentados. El Instituto Heartland ha recibido más de un millón de dólares de ExxonMobil y de fundaciones vinculadas a los hermanos Koch y al recientemente fallecido patrocinador conservador Richard Mellon Scaife. No está claro cuánto dinero recibe exactamente ese laboratorio de ideas de empresas, fundaciones e individuos relacionados con la industria de los combustibles fósiles, porque Heartland no publica los nombres de sus donantes, ya que alega que esa información no permitiría apreciar correctamente las «virtudes de nuestras posturas». Lo cierto es que, según filtraciones de documentos internos, uno de los mayores donantes del Instituto Heartland es anónimo: un individuo misterioso que ha dado más de 8,6 millones de dólares destinados específicamente a financiar los ataques del *think tank* contra la ciencia del clima.³²

Al mismo tiempo, casi todos los científicos que presentan ponencias en las conferencias sobre el clima organizadas por el Instituto Heartland están tan empapados en dólares del sector de los combustibles fósiles que casi huelen al humo de sus patrocinadores. Por citar solo un par de ejemplos, Patrick Michaels, del Instituto Cato, que pronunció el discurso prin-

cial de la conferencia de 2011, declaró en una ocasión a la CNN que el 40 % de los ingresos de su consultoría procede de compañías petroleras (el propio Instituto Cato ha recibido financiación de ExxonMobil y de fundaciones de la familia Koch). Una investigación de Greenpeace sobre otro de los conferenciantes en aquel congreso, el astrofísico Willie Soon, descubrió que, entre 2002 y 2010, el total de las nuevas becas de investigación que recibió procedieron de organizaciones y grupos de interés del sector de los combustibles fósiles.³³

Las personas a las que se paga para servir de altavoces de las tesis de esos científicos —en blogs, editoriales y artículos de opinión, y en apariciones televisivas— están en nómina de muchas de esas mismas fuentes. El dinero de las grandes petroleras financia el Committee for a Constructive Tomorrow (Comité para un Mañana Constructivo), que aloja el sitio de web de Marc Morano, de igual modo que financia el Competitive Enterprise Institute, uno de los hogares intelectuales de Chris Horner. Un reportaje de febrero de 2013 en el diario *The Guardian* revelaba que, entre 2002 y 2010, una red de multimillonarios estadounidenses anónimos había donado cerca de 120.000 millones a «organizaciones dedicadas a arrojar dudas sobre las bases científicas del cambio climático [...], un flujo de dinero fácilmente accesible para fuerzas conservadoras que pusieron en marcha una violenta reacción adversa contra el programa político de Barack Obama en materia de medio ambiente que dio al traste con toda posibilidad de que el Congreso tomara medidas contra el cambio climático».³⁴

No hay modo alguno de saber con exactitud cómo influye ese dinero en las opiniones de quienes lo reciben ni si, de hecho, influye de algún modo. Lo que sí sabemos es que tener un interés económico importante invertido en la economía de los combustibles fósiles aumenta la proclividad a negar la realidad del cambio climático, con independencia de la afiliación política. Por ejemplo, las únicas zonas de Estados Unidos donde las opiniones sobre el cambio climático están ligeramente menos divididas por líneas políticas son aquellas regiones económicamente más dependientes de la extracción de combustibles fósiles, como la zona carbonífera de los Apalaches o la región petrolífera de la costa del golfo de México. En esos lugares, la gran mayoría de los republicanos niegan el cambio climático (como en otras zonas del país), pero muchos de sus vecinos demócratas también lo niegan (en algunas partes de los Apalaches, solo el 49 % de los demócratas cree que exista un cambio climático de origen humano, frente a porcentajes que oscilan entre el 72 y el 77 % en el resto del país). Canadá exhibe esa misma clase de diferencias regionales:

en Alberta, donde la renta media se está disparando gracias a las arenas bituminosas, solo un 41 % de los habitantes respondió a los encuestadores de un sondeo que los seres humanos estamos contribuyendo al cambio climático. En el Canadá atlántico, donde los beneficios derivados de la extracción de combustibles fósiles han sido mucho menos exorbitantes, el 68 % de los encuestados opinó que los seres humanos estamos calentando el planeta.³⁵

Puede observarse un sesgo similar entre los científicos. Mientras que el 97 % de los científicos en activo dedicados al estudio del clima considera que los seres humanos somos una causa importante del cambio climático, entre los «geólogos económicos» (es decir, entre los científicos que estudian formaciones naturales para su potencial explotación comercial por las industrias extractivas), ese porcentaje es radicalmente diferente. Solo un 47 % de esos científicos cree que exista un cambio climático debido a causas humanas. La conclusión general que cabe deducir de lo anterior es que todos nos sentimos inclinados a la negación cuando la verdad nos resulta demasiado costosa (emocional, intelectual o económicamente). Vienen muy a cuento aquellas famosas palabras de Upton Sinclair: «¡Qué difícil es conseguir que un hombre comprenda algo cuando su sueldo depende de que no lo comprenda!».³⁶

PLAN B: ENRIQUECERSE CON UN MUNDO QUE SE CALIENTA

Uno de los hallazgos más interesantes de los múltiples estudios recientes de las percepciones sobre el clima es la conexión clara que existe entre la negativa a aceptar la base científica del cambio climático, por un lado, y el disfrute de privilegios sociales y económicos, por el otro. Los negadores del cambio climático no son solo conservadores, sino que, en su inmensa mayoría, son también blancos y varones, y ese es un grupo social con ingresos superiores a la media. Y sus miembros tienen también mayores probabilidades que otros adultos de sentirse muy seguros y convencidos de sus puntos de vista, por muy demostrablemente falsos que sean. En un muy comentado trabajo académico sobre este tema (que lleva el memorable título de «Cool Dudes», traducible como «Tipos impasibles», pero también como «Tipos estupendos»), los sociólogos Aaron McCright y Riley Dunlap descubrieron que, dentro del grupo de los varones blancos conservadores, los que decían estar muy seguros de su opinión sobre el calentamiento global tenían seis veces más probabilidades de creer que el cambio climático «nunca se producirá» que el resto de las personas adul-

